

# 79 Ciudades ideales

**Colin Ward**

## Nota introductoria

**Colin Ward** (1924-2010). La arquitectura y el urbanismo, la situación de la vivienda, la educación y la organización social, serán los temas de este pensador libertario. Después de la 2ª Guerra Mundial, iniciara una asidua colaboración con el semanario londinense *Freedom*, donde publicará una serie de artículos sobre el movimiento de ocupaciones británico, a partir de 1945 y en la década de 1950, cuando debido a la escasez de viviendas los trabajadores ocuparon terrenos militares en desuso y autoconstruyeron sus propias casa, mediante el cooperativismo y la ayuda mutua. Escribirá varios libros sobre la ciudad y el urbanismo. También sobre la situación de la vivienda, apostando por medidas de cooperación autogestionadas y la autoconstrucción de las viviendas bajo el control de los que las habitaran. Asimismo también propone la creación de cooperativas de inquilinos que asuman el control de las viviendas sociales.

Preocupado por el tema de la educación, escribió *The Child In The City* (1978) (El niño en la ciudad), donde propone un amplio espacio de libertad para los niños en un entorno nuevo y adecuado que les permita realizar su potencial creativo en un entorno urbano. Posteriormente escribirá, *The Child in the Country* (1988).

Partidario de tomar la iniciativa para crear nuevos espacios en las que las relaciones se basasen en el apoyo mutuo y la solidaridad. Estos lugares surgidos de la cooperación y la autogestión sentarían las nuevas bases de una nueva sociedad.

Entre 1961 y 1970 editó la revista *Anarchy*. Como consecuencia de esta labor y de las reflexiones desarrolladas surgirá el libro *Anarchy in action* (1973), que fue publicado en castellano por Tusquets en 1982, en la colección *Acracia*, con el inexacto título de *Esta anarquía nuestra de cada día*, y que Enclave libros reeditó en el 2013 con el título original de *Anarquía en acción*.

Colin Ward escribió el artículo que publicamos: *Ciudades ideales* a principios de 1991.

# Ciudades ideales

## Colin Ward

Los estudios históricos de los planos de ciudades ideales ponen de manifiesto una descorazonadora obsesión por la geometría y la simetría. En *Las aves*, Aristófanes se burla del concepto de ciudades geométricas, de Platón y sus discípulos y de todos los rígidos planificadores del futuro de sus semejantes.

Esta insistencia en la geometría evidentemente obedece en parte a que tanto las ciudades de la época clásica como las del medioevo estaban amuralladas y fortificadas, y en parte a que tal concepción responde a lo que los economistas denominan «modelos» y los sociólogos «tipos ideales». Si hubieran llegado a realizarse habrían sufrido ciertas modificaciones para adaptarse a las características del lugar, a las estructuras existentes y a las instituciones sociales. Pero habrá que esperar hasta los escritores humanistas del Renacimiento para que los utopistas empiecen a tomar conciencia de estas dificultades.

Así, el gran arquitecto italiano del siglo XV Leon Battista Alberti no se dedicó a imaginar una ciudad ideal (si bien uno de sus proyectos consistía en edificar la fortaleza ideal para un tirano, que gozaba de protección tanto frente a los enemigos del exterior como del interior). Bastaba, según él, con descubrir aquellos principios que pudieran adaptarse a cualquier lugar y a todas las necesidades de los ciudadanos.

Escrita en latín, la obra de Moro adopta la forma de una conversación en el jardín de una casa de Amberes en la que participan el propio autor, Raphael Hythlodaye y un amigo flamenco llamado Peter Gilles. Hythlodaye afirma que la vida resulta más agradable en la isla de Utopía, donde la propiedad es comunitaria, que en Inglaterra.

Para demostrar su afirmación, Hythlodaye describe la sociedad de *Utopía*, donde se cuidan con especial esmero la arquitectura y la planificación de las ciudades: «*Sus construcciones son buenas, y tan uniformes que todo un lado de la calle parece como si fuera una sola casa. Las calles tienen veinte pies de anchura; hay jardines detrás de todas las casas... todas tienen una puerta a la calle y una puerta trasera que da al jardín... como no conocen la propiedad, cada cual puede entrar libremente en cualquier vivienda. Por lo menos cada diez años cambian de casa al azar.*»

En la ciudad ideal de Moro todo el mundo sabe cultivar la tierra. Los niños aprenden en la escuela y haciendo visitas al campo. Todos colaboran gustosos en las faenas de la recolección. Cuando la población de una ciudad aumenta, no se construye en los jardines, sino que «se compensa con ella la escasez de otras ciudades», o bien «se funda una ciudad nueva en las proximidades, donde los habitantes disponen de mucho terreno libre y baldío».

La literatura utópica del siglo XVIII, el Siglo de las Luces, recurrió también a las narraciones de viajes por regiones desconocidas para formular críticas al mundo europeo. Antes incluso de que se «descubriera» Australia, el escritor francés Gabriel de Foigny publicaba en 1676 su *Nuevo descubrimiento de Terra Incognita Australis*, donde aparecía por primera vez el principio de una sociedad sin gobierno. Tras la exploración de las islas de Oceanía hacia 1760 por el navegante francés Louis-Antoine de Bougainville, Denis Diderot compuso el maravilloso *Supplément au voyage de Bougainville* (1772), publicado póstumamente, después de la Revolución Francesa. En este diálogo imaginario, un anciano de Tahití describe la libertad y la abundancia que reinaban antes de la llegada de los europeos, y un marinero francés relata la miseria en que vivían los pobres en la Francia prerrevolucionaria.

## El paraíso industrial

El siglo XIX trastocó absolutamente todo, hasta las utopías. La máquina de vapor, el hierro y el acero, el ferrocarril, las fábricas y el crecimiento desmesurado de ciudades y pueblos generaron una literatura utópica que predecía un progreso industrial ilimitado. En 1816 el reformador social Claude-Henri de Saint-Simón pronosticaba que Francia y los franceses llegarían a estar organizados como una inmensa fábrica. A finales de ese mismo siglo, lord Lytton, en *La raza futura o la nueva utopía* (1870), vaticinaba un porvenir en el que las máquinas y los robots funcionarían gracias a una forma de energía nueva llamada «*vril*». Otra utopía industrial posterior, muy bien acogida por el público, fue la obra del autor norteamericano Edward Bellamy *Looking Backward* (En castellano, *Año 2000, una visión retrospectiva*) (1888), cuyo protagonista despierta de un trance hipnótico en el año 2000. Otro personaje le explica lo siguiente:

*«La tendencia a una acumulación progresiva de capital y al monopolio, a la que tan tenaz y vana resistencia se opuso, acabó por imponerse con todas sus consecuencias como un proceso que no tenía más que llegar al término de su evolución lógica para abrir a la humanidad un futuro floreciente... Convertida la nación en el único empleador, todos los ciudadanos pasaron, en virtud de su ciudadanía, a ser empleados, listos para ser distribuidos según las necesidades de la industria...»*

En el siglo XX, una corriente de literatura antiutópica, de Wells a Orwell pasando por Zamiatin, denuncia, adoptando la forma de novelas de anticipación despiadadas, la dura realidad de la sociedad industrial.

### **Una vida más tranquila**

Pero, paralelamente, desde fines del siglo pasado (XIX) surge una corriente de pensamiento utópico de distinto cuño que aspira a lo que hoy en día llamaríamos una sociedad postindustrial, ecológicamente viable y humana.

El poeta y artesano inglés William Morris quedó tan indignado con la visión de Edward Bellamy del mundo como una gigantesca fábrica, que escribió a su vez una historia del futuro, pero tal como él mismo lo deseaba. En *Noticias de ninguna parte*, el narrador se despierta, como el héroe de Bellamy, tras un largo sueño en una Inglaterra futura que no sólo ha renunciado a las fábricas, sino también al gobierno y al dinero. Se ha convertido en una nación de artesanos que disfrutan haciendo hermosos objetos y para los que una fiesta consiste en remar río arriba para ir a faenar en la cosecha. Los «*vastos edificios lóbregos que eran antaño centros de fabricación*» han desaparecido y, al haber cambiado la finalidad del trabajo, se ha producido la consiguiente modificación ecológica del medio humano.

Los ciudadanos del futuro dan las siguientes explicaciones a Morris, viajero en el tiempo: «*Nuestros productos los fabricamos porque son necesarios: cada cual trabaja para su vecino como si lo hiciera para sí mismo, no para un mercado confuso del que ignora todo y sobre el que carece de todo control.. No 'puede' hacerse nada que no tenga auténtica utilidad, de modo que no se fabrican productos de segundo orden. Además, como ya sabemos lo que necesitamos, no hacemos nada de más y como no estamos obligados a producir inmensas cantidades de objetos inútiles, nos quedan tiempo y recursos suficientes para apreciar el deleite que nos procura hacerlos. De toda tarea cuya ejecución manual resulte tediosa se encarga una maquinaria extraordinariamente perfeccionada; pero las máquinas no intervienen en ningún trabajo que resulte placentero...»*

Dos autores contemporáneos de Morris mostraron también un vivísimo interés por las cuestiones prácticas. La obra de ambos se centra en los pormenores del trabajo productivo y en la descentralización de los asentamientos humanos. Uno es Piotr Kropotkin, geógrafo y anarquista ruso que en su libro *Campesinos, fábricas y talleres* (1899) elabora una teoría a partir del experimento contemporáneo de combinar el trabajo en fábricas con el trabajo en granjas, el trabajo intelectual con el manual y los empleos urbanos con las faenas del campo.

Teniendo en cuenta la enorme productividad de los pequeños talleres en comparación con la gran industria y la de la horticultura frente a la explotación agrícola en gran escala, sostiene que el futuro depende de la desaparición de ambas. El valor de esta obra, casi un siglo después, es que se presenta como un alegato en favor de «una economía nueva de las energías que se usan para atender las necesidades de la existencia humana, porque esas necesidades van aumentando y las energías no son inagotables».

Otro utopista contemporáneo de Morris, Ebenezer Howard, se planteó una pregunta muy sencilla: ¿cómo resolver los problemas que provoca una superpoblación angustiada en las grandes ciudades, con todo su cortejo de miseria humana, y subsanar al mismo tiempo la despoblación de las zonas rurales, abandonadas por los jóvenes, precisamente por falta de oportunidades?

La sencilla respuesta que encontró Howard fueron las ciudades jardín. En *Las ciudades jardín del mañana* (1898) propone la creación de un conjunto de pequeñas poblaciones bien planificadas, con vivienda y empleo, en las que la agricultura se combinaría con la actividad industrial. Rodeadas por un cinturón verde y conectadas por una red de transportes públicos, formarían una sola «ciudad social». Sus ideas influyeron mucho en la planificación urbana y rural. El propio Howard fundó en el Reino Unido las dos primeras ciudades jardín, Letchworth y Welwyn Garden City, y mucho tiempo después de su muerte su obra inspiró el programa de ciudades nuevas del gobierno británico al término de la Segunda Guerra Mundial.

### La ecología utópica

Un abismo separa esas fábulas utópicas, tan populares a finales del siglo pasado, de la nueva corriente ecológica que surgió en el decenio de 1970 al cobrarse conciencia de la finitud de los recursos mundiales y del ritmo aterrador al que se están consumiendo. Son pocos los utopistas que han analizado el porvenir desde un punto de vista ecológico.

Dos excepciones notables: en *Los desposeídos* (1974), de Ursula Le Guin, un habitante de un planeta en el que la sociedad ha conseguido imponerse a un medio hostil gracias a una ética kropotkiniana visita otro planeta cuya sociedad tiene sus fundamentos en un consumismo desenfrenado; y en otra novela norteamericana, *Ecotopia* (1975) de Ernest Callenbach, se examinan detenidamente los dilemas a los que se vería abocada una sociedad que tratara de adoptar una ideología «verde» o basada en la ecología.

Una obra que quisiera recomendar a cuantos se interesan por las relaciones entre utopía, arquitectura y ecología es *Communitas: medios de subsistencia y formas de vida* (1947) de los norteamericanos Paul y Percival Goodman, dos hermanos, uno poeta y el otro arquitecto, que escribieron su obra durante la Segunda Guerra Mundial.

Redactado sin pretensiones pero con ánimo combativo, podría haber sido un libro más de los muchos que se escribieron en el mundo, entero sobre la «reconstrucción de la postguerra» y que han caído en el olvido más completo. Si ello no ha sucedido con *Communitas* es porque se trata, según afirma el filósofo Lewis Mumford, de la única contribución moderna al arte de construir ciudades que «se ocupa de los valores y finalidades básicos, de carácter político y moral, que deben sustentar todo tipo de planificación».

Para los hermanos Goodman, el «plano de una comunidad» no era un trazado de calles y casas, sino la forma externa, el cuerpo mismo de la actividad humana: «Existen muchas formas posibles de concebir una ciudad: cuadrículada, radial, lineal, satélite o enorme aglomeración; lo que importa es la actividad que tiene lugar en ella, en qué medida el plano la determina y hasta qué punto esa actividad hace buen o mal uso del espacio para sus propios fines y valores.» En el libro se examinan los tres tipos principales de planificación urbana que se habían desarrollado en el siglo anterior: planes de cinturón verde, planes industriales y planes integrados. A su juicio, los primeros eran una reacción a la fealdad y suciedad de las fábricas, un intento de recrear valores preindustriales o de vivir decorosamente «con» la industria. Se centran después en la

planificación industrial, analizando de modo apasionante las olvidadas utopías urbanas de la Unión Soviética de los años veinte y las soluciones tecnológicas propias de una economía avanzada que había propuesto el ingeniero norteamericano Buckminster Fuller. La casa «Dymaxion», fruto de sus especulaciones entre 1929 y 1932, se basaba en la producción masiva de viviendas ligeras y autosuficientes que no necesitaban servicios públicos, pero que dependían de la existencia de un complejo industrial en las cercanías.

Para terminar, los Goodman examinan esos planes utópicos que integran la ciudad y el campo, como el proyecto del arquitecto Frank Lloyd Wright, de Broadacre City, que consistía en dispersar a toda la población en la zona rural, a expensas de una agricultura en pequeña escala y una industria vagamente descentralizada. Otro norteamericano, Ralph Borsodi, sostuvo con más éxito esta misma propuesta afirmando que si se eliminaran los costos de transporte y comercialización así como los intermediarios, dos tercios al menos de los bienes y servicios que se necesitan en un hogar podrían obtenerse mejor en la propia casa con el empleo de aparatos eléctricos.

Pero los hermanos Goodman son rigurosamente realistas. En vez de restarle importancia al hecho, tienen la honradez de insistir en que cada cual posee sus propios sueños utópicos. Conscientes de que la utopía de unos es el infierno de los demás, llegan a esbozar tres tipos de comunidad ideal. La «Ciudad del Consumo Eficiente» no difiere en absoluto de la mayoría de las ciudades europeas o estadounidenses actuales. La «Nueva Comuna» parece una versión idealizada de la microeconomía artesanal de la que hoy vive la región italiana de Emilia-Romagna. Al tercer tipo lo denominan «Seguridad Máxima Regulación Mínima» y le atribuyen una economía en dos niveles. Todo el mundo estaría obligado a trabajar por un periodo breve en un sector básico de la economía, ocupándose de la maquinaria productora de alimentos, ropa y vivienda, que se distribuirían gratuitamente a toda la población, y pasaría el resto de sus días en una economía de lujo, haciendo lo que le viniera en gana. Ciertas necesidades como la asistencia médica y el transporte se atenderían mediante un acuerdo financiero entre la economía de subsistencia y la economía secundaria. ¿Esta solución no podría proporcionar acaso materia de reflexión a los políticos de muchos países, que tratan de conciliar las contradicciones que surgen entre la ideología del bienestar social y la que canta las virtudes del mercado libre?